

LIBRO DE MATEO

Lección 66, Capítulo 19 Continuación

El matrimonio, el divorcio, la poligamia frente a la monogamia y el celibato... todos estos eran asuntos importantes en tiempos de Yeshua y siguen siéndolo en la era moderna. Aunque la poligamia en el mundo occidental desarrollado solo se encuentra en pequeños y peculiares reductos de nuestras sociedades y, por tanto, rara vez es siquiera tema de conversación en la Iglesia o entre los gobiernos seculares, en el siglo I todavía era un aspecto del debate sobre el matrimonio que no estaba del todo resuelto entre los judíos. Como les mostré la semana pasada, los fariseos por lo general permitían la poligamia, aunque esta práctica solo se daba esporádicamente entre una pequeña fracción de la población judía y, curiosamente, era casi exclusiva de los judíos de Tierra Santa; no hay pruebas de que se practicara en la diáspora judía, sin duda debido a la fuerte influencia romana, contraria a la poligamia.

Por lo tanto, en el Evangelio de Mateo encontramos a Yeshua estableciendo (o quizás restableciendo) firmemente la monogamia como la norma de Dios para el matrimonio. Lo hizo cuando, en el versículo 3 de Mateo 19, algunos fariseos (que aceptaban la poligamia) le hicieron una pregunta acerca del divorcio. La pregunta **no** era si el divorcio era legal o aceptable para Dios (y, puesto que eran los fariseos quienes preguntaban, pensaban en términos de la ley judía, **Halakhah**), sino cuáles eran los motivos apropiados para divorciarse. Cristo responde adoptando el enfoque de que el asunto quedó resuelto en la Creación (mucho antes de que existieran una raza hebrea, la Ley de Moisés o la **Halakhah**), en el momento en que Dios formó al primer hombre y a la primera mujer como la primera pareja. Combinó esto con el mandato de Dios en el relato de Génesis: que el hombre y la mujer deben dejar a sus padres, convertirse en una sola carne y permanecer así durante toda su vida. No se dice directamente, pero la enseñanza de Jesús implica claramente la monogamia entre los seres humanos, ya que no es lógico que un hombre y dos o más mujeres puedan unirse y convertirse en una sola carne. Es decir, para cumplir el mandato de convertirse en una sola carne, no solo el hombre tendría que hacerse una sola carne con dos (o más) mujeres, sino que esas dos (o más) mujeres también tendrían que hacerse una sola carne entre sí. Desde la perspectiva divina del matrimonio como la

unión del hombre y la mujer que forma una sola carne, semejante matrimonio polígamo es un oxímoron. Por consiguiente, la práctica de la poligamia es incorrecta y probablemente ni siquiera pueda considerarse técnicamente un matrimonio verdadero y puro, aunque a lo largo de la historia de los hebreos es evidente que Dios la toleró, del mismo modo que toleró el divorcio.

Aunque mencioné este punto la semana pasada, es demasiado importante para no volver a abordarlo ante el pueblo de Dios del siglo XXI. En la sociedad judía de la época de Yeshua no existía el matrimonio homosexual. En la Antigüedad hubo algunas uniones poco frecuentes entre personas del mismo sexo, rituales e informales, que por lo general se celebraban en privado y a escondidas, siempre entre personas pervertidas y dementes como Nerón, que se creían dioses o semidioses y pensaban que no tenían que ajustarse a los límites normales de la humanidad. Sin embargo, hasta donde ha demostrado mi investigación, esos supuestos matrimonios no tenían lugar en el ámbito religioso. Algo así no se contemplaba dentro de ninguna norma social, porque el matrimonio se manejaba exclusivamente en el ámbito religioso y porque quizás su finalidad principal era engendrar descendencia, tanto para contribuir a la economía familiar como para perpetuar el apellido. Por eso, cuando examinamos la fe judía, naturalmente la unión matrimonial de dos hombres o dos mujeres no figuraba entre sus posibilidades, ni encontramos referencias a ella en la Biblia o en documentos judíos extrabíblicos. El concepto de un matrimonio homosexual legitimado y reconocido públicamente es un fenómeno de finales del siglo XX y, aun así, suele limitarse al ámbito de la cultura occidental. Para dejarlo claro: Dios enseña en Su Palabra, Jesús lo confirma, y Seed of Abraham Ministries obedece y defiende firmemente que el matrimonio es una institución que consiste en la unión de un hombre y una mujer.

Por supuesto, el matrimonio homosexual no surgió dentro de la Iglesia; apareció porque los gobiernos civiles intervinieron, sacaron el matrimonio de su ámbito anteriormente exclusivamente religioso y lo trasladaron al ámbito del derecho civil secular. En otras palabras, en Occidente el matrimonio fue arrebatado y colocado bajo el control de la esfera política,

de modo que ahora los políticos pueden definirlo y redefinirlo a voluntad y en beneficio de sus propios intereses políticos.

Ante lo que todos los creyentes deberían considerar un ultraje, inexplicablemente algunas denominaciones cristianas han decidido aceptar y adoptar el concepto civil y político del matrimonio homosexual, reformular el concepto sagrado del matrimonio, conferirle un aura de legitimidad celestial e introducirlo en el cuerpo de Cristo como algo aceptable (incluso admirable). Grandes denominaciones, como las presbiterianas y las metodistas, han adoptado el matrimonio homosexual (y no son las únicas). Esto ha provocado que una parte de esas denominaciones (y otras) haya tenido que separarse del cuerpo principal, fragmentando aún más a una Iglesia cristiana ya dividida, para preservar la santidad del matrimonio como la institución ordenada por Dios de un hombre unido a una mujer. No se equivoquen: el matrimonio se ha convertido en terreno de juego de Satanás de una manera que ningún judío habría podido imaginar en tiempos de Cristo. Aunque también era terreno de juego de Satanás entonces, se manifestaba de otras maneras, como mediante el divorcio desenfrenado y la aceptación de la poligamia (aunque, al igual que ocurre hoy con el matrimonio homosexual, la poligamia se practicaba con poca frecuencia en la sociedad judía, en comparación con la norma de la monogamia).

Ahora llegamos al asunto del divorcio. Antes de hablar de él, volvamos a leer una parte de Mateo 19.

VOLVAMOS A LEER MATEO 19:1-12

Cristo no discrepa de los fariseos en que el divorcio es legal tanto desde el punto de vista bíblico como desde el de la Tradición judía, ni en que debe formar parte de ese triste procedimiento un documento de divorcio que proteja a la mujer y a los hijos. Sin embargo, Yeshua explica que, debido a cómo eran las cosas «al principio» entre un hombre y una mujer (es decir, en la Creación), solo existe un motivo aceptable para divorciarse: la infidelidad matrimonial. En los manuscritos griegos, la palabra para este tipo de infidelidad es **porneia**, y literalmente significa actividad sexual ilícita fuera de la santidad de la unión matrimonial.

Curiosamente, la palabra también se utilizaba como metáfora dentro de la comunidad judía para referirse a la adoración de ídolos, porque adorar ídolos es ser infiel a la unión entre el pueblo hebreo y Dios. Sin embargo, encontramos que algunos dirigentes religiosos hebreos, desde una etapa temprana de la historia hebrea e israelita, redefinieron esta infidelidad matrimonial para extenderla más allá de la actividad sexual ilícita real (el adulterio) y abarcar cualquier situación en que una mujer no complaciera a su marido de alguna manera; el motivo de ese desagrado quedaba a criterio del marido. Por lo tanto, en la sociedad judía del siglo I (y de épocas anteriores), el divorcio solo podía ser iniciado por el marido y prácticamente por cualquier razón que alegara. Esta era, más o menos, la manera en que los fariseos y, por consiguiente, la sinagoga enseñaban sobre el divorcio. Así, el divorcio se había convertido en algo bastante frívolo en ciertos sectores de la sociedad judía. Se consideraba que la fornicación fuera del matrimonio era un pecado menor que el adulterio, de modo que con frecuencia un hombre simplemente se divorciaba de su esposa por poco tiempo para tener una aventura con otra mujer, y unas semanas después volvía a casarse con la esposa de la que se había divorciado. Por eso, al considerar todo lo que Cristo dijo a Sus doce discípulos judíos sobre el matrimonio, el divorcio y la monogamia, tengan presente este contexto.

Este es uno de esos pasajes bíblicos de los que hablé la semana pasada en los que hay una discrepancia entre Mateo y Marcos. En Marcos 10 leemos:

CJB Marcos 10:12 *y si una mujer se divorcia de su marido y se casa con otro hombre, ella también comete adulterio».*

Aquí, pues, Marcos habla de una mujer que inicia el divorcio. Que una mujer se divorciara de su marido sencillamente no formaba parte de la cultura judía habitual del siglo I. Sospecho que encontramos ese concepto en Marcos porque su Evangelio fue escrito para un público gentil, mientras que el Evangelio de Mateo estaba destinado a un público judío. Por lo tanto, Mateo presenta la escena con Yeshua intentando restablecer las pautas del divorcio según lo que Dios había ordenado «desde el principio», como Él lo expresó... en el momento de la Creación. Esto no

solo habría disgustado a los fariseos (aunque no se registra ninguna respuesta de su parte), sino que también produjo un efecto bastante inquietante entre los doce discípulos. Así que debemos extraer dos cosas de esto: en primer lugar, he estado describiendo el contexto y el trasfondo cultural en los que se le planteó a Yeshua la pregunta sobre el divorcio y, por tanto, el contexto de Su respuesta. En segundo lugar, por mucho que en el siglo XXI intentemos interpretar esto a nuestra conveniencia, la infidelidad sexual... el adulterio... es el ÚNICO motivo aceptable para el divorcio según Cristo. Es cierto que Pablo, en 1 Corintios 7, añade como segunda razón legítima para divorciarse el abandono por parte de un cónyuge incrédulo. Por lo tanto, divorciarse por cualquier otro motivo es un gran pecado. Dicho esto, el perdón y la restauración son posibles para quienes se divorcian por otras razones... al menos para aquellos que confían en Cristo y se arrepienten sinceramente.

¿Y qué ocurre con la mujer que se divorcia de su marido debido a los violentos abusos físicos de este? La Biblia no contempla nada semejante, así que lo que voy a decirles es solamente mi opinión y no un mandato de Dios. Vivimos en un mundo caído y cada vez más oscuro. El maltrato doméstico violento no debería existir... pero existe. En la Palabra de Dios encontramos que el valor de la vida prevalece sobre casi todo lo demás. Incluso en el mandamiento de observar el sábado encontramos, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, ejemplos en los que trabajar para salvar una vida en sábado es lo correcto... incluso cuando se trata de la vida de un animal. Por eso, desde mi punto de vista, si una esposa está sufriendo abusos violentos y tiene que dejar a su marido para salvar literalmente su propia vida y, muy probablemente, la de sus hijos, está justificado. He oído demasiadas historias de mujeres cristianas que permanecen con maridos físicamente abusivos porque creen que es su deber para agradar a Dios, e incluso de algunos pastores que aconsejan a las esposas permanecer en matrimonios físicamente abusivos porque, de lo contrario, se convierten en grandes pecadoras.

Ciertamente, Dios aborrece el divorcio, cualquiera que sea su causa. Pero eso no significa que aborrezca a la persona divorciada. Estableció normas para afrontar precisamente aquello que aborrece, porque Él comprende mejor que nadie la naturaleza caída de la humanidad y las terribles

consecuencias que produce. Por eso, en Su gran misericordia, permite una salida en circunstancias muy limitadas. El problema mayor reside en que, como sucedía con las Tradiciones farisaicas, casi cualquier clase de descontento entre los cónyuges se convirtió en motivo de divorcio. Hoy, el término utilizado para facilitar el divorcio es «diferencias irreconciliables». Lo diré alto y claro: las diferencias irreconciliables... sean cuales sean esas diferencias... pueden ser un motivo jurídico civil aceptable para la sociedad secular, pero no son una buena razón para que los creyentes se divorcien. Dicho esto, nuestra sociedad actual es mucho más compleja y no funciona en absoluto como en los tiempos bíblicos. La manera en que funcionan nuestras economías familiares es muy distinta, al igual que la manera en que se cuida a las personas. Esto no excusa el pecado del divorcio fuera de la razón que dio Cristo y, quizás, la que dio Pablo. Sin embargo, el divorcio no es ni tiene por qué ser el final de nuestra relación con Dios. Pasemos al celibato y a la soltería.

Los discípulos de Cristo responden a Su enseñanza sobre el divorcio y la monogamia en el versículo 10 diciendo, en esencia, que vivir conforme a esas normas hace que el matrimonio sea demasiado difícil, porque dificulta demasiado el divorcio. Francamente, la respuesta de los discípulos los deja en evidencia como los niños espirituales que todavía son, pero también pone de manifiesto la actitud del sector masculino de la sociedad judía en general respecto del matrimonio y el divorcio. Los discípulos tergiversan por completo la instrucción de Yeshua y la presentan como si Su exhortación a la monogamia fuera una promoción de la soltería y el celibato. Como cada uno de los discípulos es producto de la sinagoga (y, por consiguiente, de las Tradiciones de los fariseos), mantienen la opinión de que, a raíz de la nueva enseñanza de Yeshua, comprometerse de por vida con una sola mujer trae más problemas de los que vale la pena afrontar y expone al hombre a pecar de maneras más graves que si no se casara. Ante esto, Jesús responde con bastante comprensión: «No todos comprenden esta enseñanza, sino solamente aquellos a quienes les ha sido concedido». Sospecho que manifiesta cierta aceptación de la actitud de los discípulos ante el matrimonio frente a la soltería porque Él mismo ha elegido permanecer soltero y célibe. Sin embargo, debemos entender Su significado a la luz de lo que viene a continuación, cuando habla de las razones por las que los hombres

pueden elegir legítimamente permanecer solteros (los hombres tenían tanta responsabilidad de ser fructíferos y multiplicarse como las mujeres). Y habla de este tema empleando el término «eunuco» en tres casos distintos (algo que queda un tanto oculto en la CJB). La palabra griega correspondiente al término inglés «eunuco» es **eunouchos**. Significa hombres castrados o abstinencia (celibato) por elección. El sentido fundamental de la palabra es que, por cualquier motivo, un varón no puede (o decide no) mantener intimidad sexual con una esposa, e incluye también la idea de que no puede o no quiere contribuir a engendrar hijos. La KJV lo traduce de la manera más literal.

KJV Mateo 19:12 *Porque hay eunucos que nacieron así desde el vientre de su madre; y hay eunucos que fueron hechos eunucos por los hombres; y hay eunucos que se hicieron eunucos a sí mismos por causa del reino de los cielos. El que pueda aceptarlo, que lo acepte.*

Encontramos en este difícil versículo tres clases de eunucos, cada una con un significado bien comprendido en la sociedad judía del siglo I.

La primera clase de eunuco se denomina en hebreo **seris hamma**, que en sentido literal significa «eunuco del sol». Como expresión quiere decir «desde la primera vez que se ve el sol»; en otras palabras, desde el nacimiento. Esto significa que existe algún problema en el sistema reproductivo del varón que se considera presente desde su nacimiento, hasta el extremo de que pudiera haber nacido sin los genitales adecuados. Y aunque en los tiempos modernos muchas veces pueden resolverse esos problemas médicos, en aquella época no era posible.

La segunda clase de eunuco se denomina en hebreo **seris adam**. Literalmente significa «eunuco del hombre». En otras palabras, se trata de un varón castrado por otro hombre. Esta clase podía incluir a un hombre que hubiera desarrollado un problema médico posteriormente o que hubiera sufrido daños en los genitales por un accidente o durante una batalla, de manera que la reproducción ya no fuera posible.

La tercera clase de eunuco no tiene una palabra o expresión hebrea específica (al menos, ninguna que yo conozca), sino que solamente se describe. Se trata de un hombre que posee un sistema reproductor plenamente funcional y deseos normales. Sin embargo, por motivos religiosos elige permanecer célibe y, por lo tanto, no casarse. En el caso de los creyentes de quienes habla Cristo, ellos, al igual que Él, lo hacen por causa del Reino de los Cielos. Quiero dejarlo claro: esto NO tiene que ver con ser extraordinariamente puro. Se trata de realizar un sacrificio personal para dedicarse de tiempo completo a una labor o ministerio en el que sería injusto involucrar a una esposa. Quizás implique viajar constantemente, entrañe un elemento de peligro considerable o requiera tanto tiempo que resulte imposible cumplir debidamente con las exigencias del matrimonio y la familia. No obstante, estos hombres están tan comprometidos con algo superior a sus propias necesidades y deseos personales normales y saludables que están dispuestos a renunciar a ellos para obtener otra clase de gozo al servir a Dios y a Su Reino.

Lo que Cristo está diciendo (emplearé la jerga cristiana) es que esa decisión debe responder a un llamado divino especial. Se trata de aquellos de quienes Él dice que «pueden comprender esto». La palabra «comprender» no expresa del todo la idea. Una palabra inglesa más adecuada sería «aceptarlo», en el sentido de estar preparado por el Espíritu Santo para aceptar y actuar en favor del Reino como un llamado y propósito de vida, al elegir la soltería por la razón correspondiente a cualquiera de estas tres clases de eunucos. Por lo tanto, desde la perspectiva de la respuesta bastante deficiente de los discípulos a la enseñanza de Yeshua sobre el matrimonio y el divorcio como una entrega de por vida a una sola mujer, y su réplica de que es más fácil permanecer soltero, Yeshua está rechazando esa idea. De hecho, está diciendo que ser como Él... soltero por elección, como la tercera clase de eunuco... es una elección más difícil que la fidelidad matrimonial a una sola mujer. El celibato y la soltería son una buena elección, pero de ninguna manera son superiores a la elección del matrimonio. Es una elección destinada solamente a algunos y debe basarse en un llamado divino; pocos hombres deberían tomarla. Y Pablo nos dice por qué pocos hombres están preparados mental y emocionalmente para hacer esa elección y mantenerse fieles a ella.

CJB 1 Corintios 7:7-9 *7 En realidad, quisiera que todos fueran como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno de una clase y otro de otra. 8 Ahora bien, a los solteros y a las viudas les digo que está bien que permanezcan sin casarse, como yo; 9 pero si no pueden ejercer dominio propio, deberían casarse, porque es mejor casarse que seguir ardiendo de deseo sexual.*

Así que sí; elegir permanecer soltero trae consigo sus propias dificultades y tentaciones, entre ellas la posibilidad de cometer un pecado sexual de naturaleza diferente de aquellos que puede conllevar el matrimonio. En resumen: el matrimonio y la soltería son igualmente válidos y buenos a los ojos de Dios. Es una elección personal.

El versículo 13 cambia de tema. Llevaron a unos niños ante Yeshua para que pusiera las manos sobre ellos y orara por ellos. En realidad, lo que se está describiendo de manera indirecta es la imposición de manos para pronunciar una bendición sobre ellos. Pero los doce discípulos siguen por un camino equivocado y casi parecen haber olvidado lo que su Maestro acaba de enseñarles acerca de mostrar respeto a los niños pequeños, del valor que tienen para Dios y de manifestar incluso la clase de humildad que ellos muestran. Así que, cuando llegan los niños, los discípulos intentan ahuyentarlos. Cristo vuelve a reprenderlos por ello. Volvamos a leer el resto de Mateo 19.

VOLVAMOS A LEER MATEO 19:13 HASTA EL FINAL

Antes de ser demasiado duros con los doce discípulos, recuerden que eran hombres. Especialmente en aquella época, los niños eran responsabilidad de las mujeres. Por lo general, los hombres tenían muy poco que ver con los niños hasta que estos se aproximaban a la edad adulta (trece años). Si los discípulos hubieran sido mujeres, esta lección acerca de los niños nunca habría tenido que enseñarse, puesto que las mujeres tienden a cuidar de los niños por naturaleza. Para los discípulos, los niños ni siquiera debían estar cerca de ellos y de Jesús mientras discutían asuntos importantes de adultos. Pero Cristo cuestionó su perspectiva con algo que no era lo habitual en Oriente Medio.

Me resulta interesante que Marcos describa el ritual de Cristo de imponer las manos sobre los niños y bendecirlos de la siguiente manera:

CJB Marcos 10:13 **13 La gente le llevaba niños para que los tocara, pero los talmidim reprendían a aquellas personas.**

«Para que los tocara» me indica que Marcos en realidad no comprendía esta Tradición ritual judía, porque obviamente el asunto no era que la gente quisiera que Jesús simplemente tocara a sus hijos, sino que los bendijera conforme a la costumbre judía.

Curiosamente, los versículos 13 y 14 han sido utilizados por la Iglesia católica y otras denominaciones cristianas como uno de los fundamentos del bautismo infantil. Me parece una interpretación bastante forzada, ya que este pasaje no solo no tiene nada que ver con la inmersión, sino que tampoco tiene nada que ver con los bebés.

Entonces, ¿qué quiso decir Cristo en el versículo 14 cuando afirmó que el Reino de los Cielos pertenece a quienes son como estos, refiriéndose a esos niños? Marcos añade:

CJB Marcos 10:15 **¡SÍ! Les digo que quien no reciba el Reino de Dios como un niño no entrará en él».**

Esto ha desconcertado a muchos estudiosos de la Biblia. Mi opinión es que remite al capítulo 18, cuando los discípulos discutían sobre quién era el más grande en el Reino y Jesús utilizó después a unos niños pequeños para enseñarles y responder a su pregunta. La cuestión es esta: en el Reino se invertirán las maneras de actuar terrenales. En el Reino, el más grande será el menor, y el menor será el más grande. Los términos «más grande» y «menor» se refieren a la posición social, que generalmente se conseguía mediante las riquezas materiales o el apellido familiar, pues la riqueza y el apellido eran quizás los principales factores que determinaban la posición social. Como los niños pequeños ocupaban la posición social más baja y, sin embargo, son humildes, constituyen una buena metáfora para explicar no solo quién entra en el Reino de los Cielos, sino también conforme a qué criterio se alcanza una posición social dentro del Reino. Quienes ocupen la posición social más alta en el Reino de los Cielos serán los más humildes. Quienes ocupen la posición social más baja en el Reino serán los menos humildes. El dinero y el apellido sencillamente no

importan. Esta enseñanza sobre la inversión de las posiciones sociales continúa con la historia del hombre rico que desea obtener la vida eterna.

El versículo 16 comienza con las palabras: «Un hombre se acercó a Yeshua...». No descubrimos hasta más adelante que se trataba de un hombre rico, por lo que gozaba de una elevada posición social. Conviene recordar que la riqueza, la posición social y el Reino de los Cielos eran temas centrales del Sermón del Monte. Por lo tanto, lo que ocurre con el hombre rico es un ejemplo real de una afirmación que Yeshua enseñó durante aquel sermón y que encontramos en Mateo 6.

CJB Mateo 6:24 *Nadie puede ser esclavo de dos amos, porque odiará al primero y amará al segundo, o despreciará al segundo y será leal al primero. No pueden ser esclavos de Dios y del dinero a la vez.*

Además, no podemos pasar por alto que Jesús utiliza a continuación los Diez Mandamientos (que constituyen el preámbulo de la Ley de Moisés) para seguir destacando la importancia y vigencia fundamentales de la Torah y de nuestra obediencia a ella. Y, como buen judío observante, el hombre rico quería saber qué cosa buena (probablemente en el sentido de una buena obra o, en hebreo, qué **mitzvah**) debía hacer para obtener la vida eterna. Lo que me parece interesante no es tanto la pregunta misma acerca de qué cosa específica debía hacer, sino el objetivo que tenía en mente: alcanzar la vida eterna. Sencillamente no encontramos las palabras «vida eterna» en el **Tanakh**, el Antiguo Testamento. El único lugar donde encontramos ese concepto es en el Nuevo Testamento. De hecho, la primera vez que lo escuchamos es en el capítulo anterior de Mateo. Y como todavía no existía el Nuevo Testamento, ¿cómo debemos interpretar lo que pensaba el hombre rico cuando dijo que buscaba la vida eterna haciendo alguna clase de buena acción u obra?

Por consiguiente, quienquiera que fuera este hombre, tuvo que haber formado parte de la multitud de Galilea que escuchó a Jesús utilizar la expresión «vida eterna» que encontramos en Mateo 18:8. La enseñanza de Cristo impactó tanto a este hombre que después siguió a Jesús hasta la frontera de Judea.

CJB Mateo 18:8 **«Así que, si tu mano o tu pie se convierte en una trampa para ti, icórtalo y arrójalos lejos! Es mejor que quedes mutilado o lisiado y obtengas la vida eterna que conservar ambas manos o ambos pies y ser arrojado al fuego eterno».**

Me imagino que el hombre rico realmente no sabía lo que significaba la vida eterna, porque esas palabras eran nuevas con Yeshua; pero desde luego sonaban como algo que cualquiera desearía. ¿Significa la vida eterna que una persona vive para siempre en su cuerpo actual y, por tanto, conserva su posición social? ¿O que alguna esencia de su persona vive para siempre? ¿Se trata de la reencarnación? ¿Dónde se vive eternamente? En aquella época era común (aunque menos entre los judíos) que las personas fueran enterradas con parte de sus riquezas, con la esperanza de que les sirvieran para tener una existencia agradable después de la muerte. Por supuesto, la cuestión de si **existía** siquiera una vida después de la muerte era un asunto sin resolver que generaba debates interminables entre los intelectuales judíos. Jesús desconcertó a todos con este asunto de la vida eterna y dudo que nadie supiera lo que quería decir. Dado que, para los oyentes judíos de Jesús, el Reino de los Cielos se concebía como un reino terrenal concreto y tangible en el que vivirían los judíos... principalmente como un Israel restaurado y exaltado... no me cabe duda de que este joven supuso que simplemente se llevaría consigo sus riquezas y ventajas sociales. Por lo tanto, para él la cuestión era qué cosa buena debía hacer para acceder al Reino y así poder continuar para siempre con su vida acomodada.

Aunque en la CJB el hombre rico se acerca a Yeshua y lo llama Rabí, en otras versiones bíblicas dice «Maestro». En cualquier caso, el punto es que este hombre rico ve a Cristo como un Maestro muy sabio, pero no como un Salvador. No como el Mesías. Yeshua reprende un poco al hombre cuando le dice: «¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno?... Solo hay Uno que es bueno». No puedo imaginar que Jesús no comprendiera la intención de la pregunta del hombre. El tema evidente eran las buenas obras, no la fuente de la bondad (que, según Yeshua, es Dios). Por eso, distintos estudiosos tienen diferentes ideas acerca de lo que Cristo quiso dar a entender con esa observación. A mí me desconcierta y realmente no quiero especular, porque no estoy seguro de

qué aporta a la enseñanza. Sin embargo, lo que viene a continuación cuestiona de manera extraordinaria una doctrina casi universal de la Iglesia. Yeshua dice que, si quieres obtener la vida eterna, debes obedecer los mandamientos (evidentemente se refiere a los Diez Mandamientos). ¡Vaya! La doctrina cristiana sostiene que oramos la oración del pecador y después seguimos viviendo sin prestar atención a nada anterior al Nuevo Testamento. Como el hombre rico sabe que existen muchos mandamientos (no solo los Diez Mandamientos), hace la pregunta bastante absurda de «¿cuáles?», como si solo algunos mandamientos realmente importaran. Yeshua responde que no debe asesinar ni cometer adulterio, ni robar, ni mentir, y que debe honrar a sus padres.

Necesito detenerme para contarles algo que me molesta enormemente, hasta el punto de distraerme, porque encuentro comentarios iguales o parecidos en muchísimos comentarios cristianos sobre este pasaje. Les citaré lo que dijo Ben Witherington III como ejemplo de la idea que también profesan tantos otros comentaristas.

«Jesús enumera algunos de los mandamientos... las prohibiciones contra el asesinato, el adulterio, el robo y el falso testimonio y, en el aspecto positivo, honrar a los padres y amar al prójimo como a uno mismo. Quizás lo más significativo sea lo que Él no enumera... concretamente, el mandamiento del sábado. Esta omisión deliberada podría reflejar la opinión de Jesús de que... observar un día determinado como sábado ya no era obligatorio...».

Hace mucho tiempo me habría parecido que semejante idea era extraña y, desde luego, poco extendida; sin embargo, resulta demasiado común entre los comentaristas cristianos académicos. Sencillamente no importa lo que diga el Nuevo Testamento: su conclusión es que Jesús abolió la Torah, la Ley de Moisés y todo lo anterior al Nuevo Testamento junto con ellas... incluido, por supuesto, el temido sábado... porque esa es la doctrina de la Iglesia romana gentil de hace 1,800 años. El reflejo de unas tradiciones cristianas profundamente arraigadas y tan impregnadas de antisemitismo que el académico o la persona común no percibe sus propios prejuicios hace que esas personas, por lo demás inteligentes,

digán a veces las cosas más disparatadas, de esas que hacen llevarse las manos a la frente.

En otras palabras, si Cristo no recitó todos y cada uno de los mandamientos de la Torah al hombre rico, ¿entonces necesariamente quiso comunicar que el Shabbat había sido abolido? Jesús tampoco le mencionó al hombre rico el mandamiento que nos prohíbe adorar a otros dioses. Así que supongo que, siguiendo la lógica del profesor Witherington, eso solo puede significar que Yeshua acaba de autorizarnos a adorar a otros dioses. Tampoco citó el mandato de Dios de no hacer imágenes talladas ni de tomar Su nombre en vano. ¡Buenas noticias! ¡Jesús dice que ahora podemos maldecir como marineros y fabricar todos los pequeños ídolos de madera que queramos! ¿Qué tema común ven detrás de los mandamientos que enumeró Yeshua? Que todos se refieren a las relaciones entre seres humanos (amar al prójimo), lo que a veces se denomina la Segunda Tabla, y no a las relaciones entre los seres humanos y Dios, que a veces se denomina la Primera Tabla. Son los mandamientos relacionados con el amor al prójimo. El sábado se refiere a nuestra relación con Dios. El hombre rico preguntó acerca de las buenas obras, de modo que Yeshua respondió con una lista de buenas obras tomadas directamente de la Torah y la Ley de Moisés.

El hombre rico responde que ya obedece esos mandamientos (al menos, debe de pensar que lo hace). Entonces pregunta en qué podría faltarle algo (para hacer lo suficiente y obtener la vida eterna). Yeshua le dice que, si realmente habla en serio, debería vender todas sus riquezas y distribuirlas entre los pobres. Es un intercambio de riquezas terrenales por riquezas en el Cielo. Después de eso, el hombre rico debería seguir a Cristo. Pero cuando el hombre rico escuchó esto se entristeció, se dio la vuelta y se marchó. Para comprender mejor lo que ocurrió aquí, debemos tener presente que el asunto giraba en torno a las buenas obras como clave para alcanzar la vida eterna (fuera cual fuera el significado que la vida eterna tuviera para el hombre rico). Las buenas obras y la obediencia a la Ley de Moisés se consideraban las medidas de la justicia de una persona. Y como el hombre rico suponía que las buenas obras eran el criterio necesario para pertenecer al Reino, Yeshua le dice, esencialmente, que si deseaba entrar por ese medio y conforme a ese

criterio, debía ser perfecto en esas buenas obras, desprendiéndose de todos sus tesoros terrenales y distribuyéndolos entre los pobres; algo que el hombre rico no estaba dispuesto a hacer.

Terminaremos esta enseñanza y el resto del capítulo 19 la próxima vez, y comenzaremos el capítulo 20.